

Rosa M^a Ballesteros García
Doctora en H^a Contemporánea. Experta en Género e Igualdad de Oportunidades.
Especialista en Historia de las Mujeres.
rbballesteros@eresmas.com

Título: “Luis Bello y su viaje por las escuelas de Toledo”.

Resumen: El presente artículo es una revisión de la obra de Luis Bello *Viaje por las Escuelas de España*, publicada en 1927. Para su elaboración hemos extraído los capítulos correspondientes a su visita a las escuelas toledanas con objeto de acercar a nuestros días la realidad social y cultural de tiempos ya pasados que, no obstante, no deben permanecer en el olvido y sirvan para contrastar el pasado con el presente histórico de nuestra ciudad.

Palabras clave: Educación, escuela, historia, maestro, pedagogía, reformismo, Toledo, vocación.

Résumé: Cet article c'est une révision de l'œuvre de Luis Bello *Viaje por las Escuelas de España*, publiée dans 1927. Nous avons révisé les chapitres qui parlent de Toledo et ses écoles pour nous approcher celle-là réalité social et culturel dans l'intention de rappeler et contraster le passé avec le présent historique de notre cité.

Mots-clef : Educación, école, histoire, maître, pédagogie, réformiste, Toledo, vocation.

LUIS BELLO Y SU VIAJE POR LAS ESCUELAS DE TOLEDO

1. A modo de breve introducción

Visitar las escuelas de Toledo es llevar el hilo en el laberinto.
Todo eso del Toledo muerto, del Toledo pretérito,
se nos aclara en cuanto entramos en una sala donde
cincuenta niños trabajan acomodados en sus pupitres.

Luis Bello

Es urgente aprender a leer [...] Hay que
borrar el bochorno del analfabetismo español.
Hay que afrentar así a los que aún piensan
que la palabra escrita debe mirarse con desconfianza.

M^a Teresa León

El presente artículo tiene como fin rescatar del olvido una de las obras más interesantes llevadas a cabo dentro del contexto educativo en nuestro país: *Viaje por las escuelas de España*,ⁱ escrita por Luis Bello.

Es, a nuestro juicio, una obra indispensable para conocer de primera mano el estado de la cuestión durante los años de la dictadura de Primo de Rivera, antesala que fue del proyecto de reformas, apenas iniciado, de la Segunda República (1931-1939). Fueron apenas cinco años antes de que estallara el conflicto bélico, y con él, el programa republicano, cuando Bello inició su trabajo. De este intento, el profesor Mario López afirma: “Nunca cinco años significaron tanto...”. Verdaderamente, nunca antes, en nuestra agitada historia, se iban a plantear, en el caso que nos ocupa -el campo educativo-, tantos y tan progresivos cambios. La primavera de 1931 trajo consigo un nuevo régimen que, de puro esperado, apenas suscitó sorpresas. Su espíritu, heredero del regeneracionismo del 98, sirvió de base a tan magna empresa: “La República aspira a transformar fundamentalmente la realidad española hasta lograr que España sea una

auténtica democracia. Y no lo será mientras la mayoría de sus hijos, por falta de escuelas, se vean condenados a perpetua ignorancia”.ⁱⁱ

De este modo, durante la etapa del bienio progresista (1931-1932), se promulgaron varios decretos: Decreto para creación del Patronato de Misiones Pedagógicas (1931); Decreto de Consejos de Primera Enseñanza (1931); Decreto de la Reforma de la Escuela Normal (1931); Decreto sobre la Escuela Laica (1932); Decreto sobre la Inspección de Primera Enseñanza (1932). Sin embargo, apenas puesto en marcha el tren del progreso educativo, el primer frenazo (y marcha atrás) hizo sentir tras las elecciones legislativas de 1933 que dieron el triunfo a la coalición de derechas con decretos como la Ley de confesiones y congregaciones religiosas, el Decreto del Nuevo Plan de Bachillerato o la supresión de la implantación de inspectores y maestros en las escuelas primarias nacionales. El triunfo del Frente Popular en 1936 y su programa de reformas educativas quedó paralizado, como se sabe, por la sublevación militar, la Guerra (in)Civil y la dictadura franquista. Pero esa es ya otra historia.

Desde el punto de vista formal, el artículo lo abordamos a partir de un esbozo biográfico del autor, y un resumen comentado de los capítulos que tratan sobre “la cuestión escolar” en la capital toledana: “Llego, pues a Toledo”, escribe Bello, cuando inicia su periplo por tierras toledanas para, a renglón seguido, a modo de declaración de intenciones, afirmar: “No soy turista, ni catador de ciudades, ni arqueólogo, ni chamarilero. Toda esta tierra de Toledo [...] me es familiar [...]”. Para que no queden dudas, remata el párrafo con la siguiente afirmación: “Esta visita no es para el Greco, sino para las escuelas” (BELLO, 1927, 185-190). Por tanto, esta aproximación socio-histórica sería incompleta al margen del texto de Bello por lo que, como complemento, y como apoyo a la misma, desde sus mismas palabras, incluimos en la segunda parte del presente artículo la transcripción literal de los capítulos que Bello dedica a las escuelas toledanas.

2. Luis Bello: Un *Quijote* moderno

Y no deje usted de caminar, querido Bello;
de caminar anda que te anda, por los caminitos de España.
Azorín

Un coetáneo de Luis Bello, el escritor, periodista y político socialista Luis Araquistáin, publicaba en las páginas de un diario madrileño un gran artículo pidiendo un homenaje nacional para nuestro protagonista (*El Sol*, 23 de marzo de 1928). Durante varios años Luis Bello, escritor y periodista, había realizado su periplo pedagógico por todo el paísⁱⁱⁱ Cádiz, Málaga, Granada, Soria, Cáceres, Badajoz, Madrid, Asturias, Galicia, Cataluña, Andorra... y Toledo, provincia que recorrió en toda su extensión: Rielves, Talavera, Alcaudete de la Jara, La Nava, Maqueda, Illán, Cebolla, Illescas, Ugena, Carranque... (BELLO, 1927, 185-251). Todos estos lugares, y aún más, recorrió este moderno caballero andante. Como el de “la triste figura”, aunque sin Rocinante: “A mi me confiaron un caballo viejo, desengañado y formal” (BELLO, 1994, 8) y con esporádicos Sanchos, salió en busca de escuelas –que no de doncellas- que rescatar, y, como aquél, se topó con los mismos –paradójicos- molinos: la inmovilidad y el desprecio ante la incultura de las clases populares:

¿Cómo pueden encerrar tantas horas en cuartos bajos, húmedos, sin luz ni aire, a unas criaturas que no han hecho daño a nadie y a unas pobres maestras cuyo único delito consiste en haber aceptado los innumerables sacrificios que exige su carrera?” (BELLO, 1994, 20).

Esto escribe Bello en su visita a las escuelas extremeñas; no obstante, en su visita toledana, la descripción sigue siendo del mismo cariz:

[...] pero las escuelas anejas, muy mal. Han caído en los bajos del edificio. Un grado, el segundo, tiene sólo dos ventanas al patio. Sin ventilación. Está bajo el nivel de la cuesta de los Pascuales, y aguanta filtraciones de la plazuela del Seco, donde hay una fuente pública”. (BELLO, 1927, 193).

Como apostilla a las alusiones de Bello sobre la capacidad de sacrificio de las maestras, permítasenos una pequeña digresión al respecto. Anna Caballé nos ilustra sobre esta cuestión con datos del contrato oficial de maestras para el año 1924, resumido en los siguientes términos:

- * No casarse. Este contrato queda automáticamente anulado y sin efecto si la maestra se casa.
- * No andar en compañía de hombres.
- * Estar en su casa entre las 8:00 de la tarde y las 6:00 de la mañana a menos que sea para atender función escolar.
- * No pasearse por heladerías del centro de la ciudad.
- * No abandonar la ciudad bajo ningún concepto sin permiso del presidente del Consejo de Delegados.
- * No fumar cigarrillos. Este contrato, etc...
- * No beber cerveza, vino ni whisky. Este contrato...
- * No viajar en coche o automóvil con ningún hombre excepto su hermano o su padre.
- * No vestir ropas de colores brillantes.
- * No teñirse el pelo.
- * Usar al menos dos enaguas.
- * No usar vestidos que queden a más de cinco centímetros por encima de los tobillos.
- * Mantener limpia el aula.
- * No usar polvos faciales, no maquillarse ni pintarse los labios.^{iv}

Huelgan los comentarios, pero quizá hubiera sido menos complicado, desde el punto de vista burocrático, y a la vista del perfil exigido, limitarlo a una única premisa: “Sólo para solteras vírgenes”. Por otro lado, además de éstos deberes contractuales, **las maestras**, y subrayamos el género del sustantivo,^v estaban obligadas por contrato a barrer diariamente la clase y a fregar el suelo con agua caliente, al menos una vez por semana... entre otros menesteres. Nuestro escritor, por otra parte, salpica su relato con alusiones a las docentes y a su acción, no solamente pedagógica, sino también socializadora: “Venía yo con la ilusión de conocer a una maestra excepcional [...] que realizó el milagro de transformar el pueblo, civilizarlo y dulcificar sus costumbres en poco más de un año”. También deja entrever la diferenciación que el sistema presentaba con relación al sexo: “Tienen buena maestra y una clase con sol. La enseñanza es práctica. Bordan, cosen, zurcen.” (BELLO, 1994, 21-22).

Retomando de nuevo el hilo conductor de nuestro artículo, y como se apunta en uno dedicado al escritor, “El Magisterio español tuvo en él uno de sus más ilustres defensores” (ESTEBAN, 1994). Pero, ¿quién fue ese alto, delgado, erguido caballero, ese “santo laico”, como le describe el escritor José Martínez Ruiz, más conocido por su seudónimo literario: *Azorín*?^{vi} Luis Bello, castellano viejo, había nacido en Alba de Tormes (Ávila) en 1872. Abogado de profesión, ejerció como tal en el bufete de José Canalejas.^{vii} Sin embargo, su verdadera vocación empezó a ejercerla en otro campo: el periodismo; en *El Heraldo de Madrid* con sus crónicas del Congreso; después en *El Imparcial* y *España*, y poco después, antes de una estancia en París, fundaba *La Crítica*. A su regreso comienza a publicar sus famosos “Lunes” en *El Imparcial*; colabora también en *El Mundo* y *El Radical*. Por entonces funda también la revista *Europa* y dirige *El Liberal de Bilbao*.^{viii}

Corría el año de 1928 y la dictadura, ya tocada de muerte, comenzaba a dar los últimos coletazos. Luis Bello, desde la tribuna que le brindaban las páginas de las publicaciones en las que colaboraba, clamaba incansable por un cambio de régimen. No tardó nuestro peripatético periodista en incorporarse activamente a esta otra misión pedagógica, de modo que, cuando el 14 de abril de 1931 se proclama la Segunda República, Luis Bello es elegido diputado por el partido de Azaña,^{ix} su amigo. En calidad de diputado electo formó parte de la comisión redactora del texto constitucional, presidiendo también la Comisión que gestionaba el Estatuto catalán. Durante el bienio izquierdista (1931-1933) dirigió el diario republicano *Luz*, sin abandonar sus colaboraciones con *El Sol*. Tras la revolución de octubre de 1934 estuvo encarcelado, junto con Azaña, en Barcelona. Una vez liberado fundó *Política*.^x

De su obra destacamos *El Tribunal de París* (1907), *El corazón de Jesús* (1907), *Una mina en la Puerta del Sol* (1913), *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid* (1919) o

Historia cómica de un pez chico (1922). Sin embargo, fue su labor como periodista, a través de los miles de artículos que publicó en vida, y su monumental recopilación, ya descrita, sobre las escuelas públicas españolas, su obra más característica. Esta última, inspirada en los libros de viajes del siglo XVIII.^{xi} En el prólogo, del maestro *Azorín*, con el sugerente título de “Un misionero”, afirmaba que, Bello,

[...] había logrado el milagro de que España piense en sí misma, de que los españoles se preocupen más de lo trascendental, de lo más sagrado: del porvenir de las inteligencias infantiles. La patria son los niños y Luis Bello ha hecho más por la patria, está haciendo más por España que quienes pronuncian en un Parlamento centenares y centenares de discursos.

Por todo ello, alienta a nuestro protagonista a seguir en esta senda:

Querido Luis Bello: adelante, adelante; el mundo es de la inteligencia. La inteligencia es la fuerza suprema. No hay nada, no debe haber nada por encima de la inteligencia. ¡Tengamos confianza en la suprema e incontrastable fuerza de la inteligencia! ¡que los niños comprendan el mundo, que se forman idea exacta de las cosas, que tengan confianza en el porvenir de la humanidad! Hagamos que esa confianza –confianza en la concordia, no en la sangrienta lucha- nazca en los corazones infantiles... Y no deje usted de caminar, querido Bello; de caminar anda que te anda, por los caminitos de España.

Sin embargo, Bello, apenas pudo caminar. Nuestro nuevo Don Quijote murió en Madrid, tras una corta y fatal enfermedad, en noviembre de 1935. Su temprana muerte le libró de presenciar la destrucción del pobre capital escolar que, con tanto sacrificio, la joven República y la acción directa de sus vanguardias culturales, con programas tales como las “Misiones pedagógicas”, habían intentado paliar subsanando siglos de abandono y degradación.^{xii} No nos cabe ninguna duda que, de no haber frustrado la parca sus ansias pedagógicas, Bello se habría integrado, como tantos otros intelectuales y pedagogos, en aquel “Batallón del talento” al que se refiere M^a Teresa León en su libro de memorias (LEÓN, 1996, 172). Como tantos otros grandes hombres de nuestra historia, amigos y compañeros como Valle-Inclán, Machado, Bergamín o Cernuda murió pobre y, para más oprobio, condenada su obra al ostracismo.

3. Las escuelas toledanas: del colegio de Escalante a los párvulos de Zocodover.

[...] El maestro viene acompañado de un caballero. Es alto, delgado, erguido, este caballero. Como se ha puesto cabalmente donde da el rayo de sol, ese vivo rayo nimba su cabeza, con la melenita cenicienta, de una viva aureola. Diríase que este señor desconocido es un santo laico [...]

Azorín

En nuestro artículo sobre las maestras normalistas Carmen de Burgos y Dolores Cebrián^{xiii} ya abordamos el tema de la instrucción y la realidad social de Toledo en los primeros años del siglo XX, de modo que no insistiremos en este aspecto y nos limitaremos a recordar ciertos datos relacionados con el tema que proponíamos en nuestro artículo, tales como que el Estado español dedicaba un 1,5% de su presupuesto a la instrucción pública; que en 1910 aún no se había logrado alcanzar el umbral de escuelas primarias por Ley de 1857^{xiv} y que Toledo en aquellos años sólo dispusiera de cuatro librerías para abastecer a una población cercana a los 30.000 habitantes.

Cuando Luis Bello recalca en Toledo, el calor de los últimos coletazos del verano se hace sentir al subir la cuesta del Miradero y desembocar en su corazón: Zocodover. Sin embargo, el escritor tiene una tarea más noble aún que la de difundir las bellezas arquitectónicas de sus monumentos. En un momento de su recorrido por la ciudad afirma: “Para mí, ese polvo de siglos no es lo esencial”. Para él lo esencial son los niños, las escuelas, los maestros... sobre todo ellos, porque, escribe: “el maestro hace la escuela”.

Comienza Bello su descripción del mapa escolar de la ciudad por el colegio de don Julio Escalante, una escuela amplia, destartalada y oscura ubicada en el dédalo de callejas que llevan a San José y donde, en abigarrado grupo, se mezclan niños de todas clases sociales.

La siguiente parada es la escuela de don Eladio Molina, “el maestro artista”. Al contrario que la de don Julio, es pequeña, blanca y ventilada. La escuela, situada en San Juan de Dios, semeja un pequeño taller porque, como no podía ser de otra forma, el maestro da preferencia a las artes manuales. A su lado, una escuelita de párvulos, dirigida por doña Antonia.

Sobre la Aneja a la Normal Bello denuncia la inadecuada situación. Ubicada en los bajos del edificio donde está instalada la Normal de Maestros -en la casa del canónigo obrero, un edificio del siglo XVIII-, las filtraciones de la plazuela del Seco permean la humedad que, junto a la falta de luz, sumergen en un verdadero pozo negro a los alumnos a partir de las dos de la tarde.

La siguiente visita es a otra graduada, situada en Santa Isabel, y ubicada en un hermoso caserón blasonado con el escudo de los Ayalas. Seis clases (tres de niños y tres de niñas) -que dirige don Antonio Bravo- y que, en palabras de Bello, los maestros organizan en función de su especialidad.

La escuela situada en la puerta del Cambrón, que Bello subtitula “escuela y jaula”, se añade a la escasa nómina educativa y aún al más escaso número de docentes -once para toda la chiquillería escolarizada-, escribe Bello. “¡Escuela extraña, única en el mundo, quizá, y, por tanto, digna de Toledo!”, se admira el autor. Y no es para menos. La dicha escuela se ubicaba justo encima de la puerta de la ciudad, soportando las vibraciones que transmiten los camiones que pasan bajo su arco: “¡Vibramos todos, señor mío! Saltamos como en un terremoto”, le confiesa don Víctor, su maestro.

La última visita es para la escuela de párvulos de Zocodover, un vetusto y decadente edificio con grandes y destartalados salones de altísimos techos. Bancas negras, tristes y deslucidas acogen a un enjambre de pequeños al cuidado de una maestra: “Aquí ha llegado a reunir esta maestra ciento noventa y cinco párvulos”,

escribe Bello, al mismo tiempo que hace la siguiente reflexión: “¿Cómo podrá una maestra, por inteligente y abnegada que sea, sustituir ella sola lo que en todas partes corre a cargo de instituciones protectoras?”

Viaje por las escuelas de Toledo (Texto de Luis Bello).

I. A los toledanos y a toda Castilla

El lector amigo me encuentra hoy subiendo estruendosamente la cuesta del Miradero toledano, entre bocinazos de autos y parpadeo de faros. Como en la última Visita de escuelas acabábamos de asomarnos a Loja, pensará que el camino de Loja a Granada está muy lejos del Zocodover. Así es; pero mi viaje de Andalucía, interrumpido por la canícula, no se reanudará hasta octubre; y mientras tanto, vuelvo a las escuelas de Castilla, que abre quince días antes sus clases. Llego, pues, a Toledo, donde piso terreno firme. A mi no pueden inquietarme las contradicciones del auto y el zoco; del presente y el pasado. Aunque vea dando vueltas delante de nuestra linterna cimemática y cubista al puente de Alcántara y a la Puerta del Sol, sobre sus viejas piedras bien aplomadas, y sé qué cosas oscilan aquí ni qué cosas están quietas. No soy turista, ni catador de ciudades, ni arqueólogos, ni chamarilero. Toda esta tierra de Toledo, con su Sagra y con su Jara en torno de la peña coronada por el Alcázar, me es familiar. Puedo, en confianza, pasar por delante de la Catedral y de Santo Tomé, saludándolos desde la puerta, pero sin entrar, porque pesan demasiado, influyen demasiado, y esta visita no es para el Greco, sino para las escuelas.

Visitar las escuelas de Toledo es llevar el hilo en el laberinto. Todo eso del Toledo muerto, del Toledo pretérito, se nos aclara en cuanto entramos en una sala donde cincuenta niñas trabajan acodados en sus pupitres. Ellos son el fluir de la vida. Quieren vivir. Necesitan vivir. Dentro o fuera de la gloriosa ciudad, que eso ya lo dirán ellos o l dirá su suerte; pero necesitan vivir, salir al mundo sanos, útiles y cultos. Ellos no han hecho la catedral; esto que llamamos “patrimonio artístico” no es, en realidad, patrimonio suyo, sino del mundo entero. Está aquí, lo ven, lo respiran como su ambiente, pero no lo reciben infuso, con la leche materna. Los grandes monumentos, como los grandes paisajes, pueden ser ignorados del que nació a su sombra. Ellos

tampoco serán responsables del que este pasado soberbio acabe de convertirse en polvo. Para abrirles los ojos, y para que toda esta energía pretérita vuelva a servir en sus manos, hace falta que, desde niños, los enseñemos bien. Claro como la luz toledana veo yo el destino de este pueblo, sin comprende, serenamente, la virtud y el poder de las primeras letras, y empieza, desde ahora, a cuidarlas con intensidad. Del renacimiento de la escuela vendrá después del nuevo renacimiento de Toledo.

Esta manera de ver las cosas claras, sin dejarse abrumar por la Historia, debería ser la manera castellana. Es una reacción digna, además de ser un esfuerzo necesario. No hablo el lenguaje que suele usar el viajero, y mis amigos toledanos comprenderán que estas líneas no están escritas desde fuera, sino muy desde dentro. Y ya que vino de París un escritor a revelarles “El secreto de Toldo”, conviene que yo les descubra a los toledanos otros secreto: el secreto del amor a Toledo. El viajero, el extraño, suele amar un Toledo maravillosos deshaciéndose en polvo, telaraña y ruina. Pasma de artista. Acre y morboso placer de la decadencia. –Ajena, claro está-. Toledo da pábulo a esa pasión fría. El extranjero siente que los siglos han ido preparándole un espectáculo único, y sus paseos por la ciudad y sobre el río no le niegan ninguna de las delicias del necróforo. “¡Ahí quedas, Toledo! Ya te vi –dice al tomar el tren-. Ahora puedes seguir tu curva descendente hacia el acabamiento y la ruina total.” Y lo que se conserva en pie, vivo, inmarcesible, lozano, también lo condena a muerte, porque es difícil sustraerse a la idea literaria que le hace ver la gran tragedia de una raza descomponiéndose y derrumbándose por los despeñaderos. Todo el ayer de Castilla va, para el extraño, río abajo. Se salvan las piedras moras y romanas. Lo nuestro es lo que se hunde. Lo universal: Arte e Historia, es lo que él se lleva. Por su gusto, dejaría corromperse todavía más nuestras ciudades históricas para que se las sirviéramos bien pasadas, como las perdices.

¿Comprendéis con qué distinto amor andamos nosotros por los barrios viejos de Toledo? Para mí, ese polvo de siglos no es lo esencias. La telaraña no es indispensable. El aire podría venir de los sumideros del río tan limpio como la luz, y no habríamos perdido nada. Sacrificaría, en todo caso, un poco de carácter, y todos sabemos que esos sacrificios nunca son tan grandes como los que originan la desidia y el abandono. Siempre habrá –no lo niego- espíritus insaciables de dramatismo, incapaces de admirar un locomotora en reposo, pero dispuestos a hacer un viaje para verla deshechas, descarrilada. En Toledo, sin embargo, no faltará jamás elemento dramático. Elemento vivo, todavía poderoso. Lo que más vale aquí, precisamente por tratarse de

roca descarnada, es el esqueleto, y Toledo lo conserva intacto, con el músculo y el nervio necesarios para la acción. Respetándolo íntegro, sin alterar un solo rasgo, sin dejarse ganar por veleidades de rastacuero, Siendo plenamente Toledo, y nada más que Toledo, la ciudad puede urbanizarse como una verdadera ciudad moderna. Lo más moderno hoy, y lo que mejor ha aprendido a hacer la vieja Europa, es ese trabajo de conservación dentro de la tradición. Pero la tradición hay que estudiarla. Hace mucho tiempo encontré esta fórmula respecto de nuestra “veneranda tradición”: que deberíamos venerarla menos y aprovecharla más. Aquí está el pueblo que mejor lo puede hacer en Castilla. Sin duda por eso más de una vez se han confundido los dos destinos, y en el mapa moral de España se coloca de través la roca toledana, como centinela dormido, o muerto, en las estepas de Castilla.

¡Si supieirais, castellanos de Toledo y de toda Castilla, cómo se pronuncia la palabra “estepa” en distintas regiones!, ¡qué depreciación tuvo en su valor geográfico y social! Quizá vaya siendo hora de juzgar históricamente, como cosa pasada, un periodo de exaltación de la periferia peninsular, a costa, no ya del centro, sino de casi todo el resto. Esta imperial Toledo, cuyas piedras se acuerdan aún del godo Wamba, y que por todas partes extiende sus raíces a tierras de pan llevar, servía muy bien como símbolo de la meseta. El camino, por Parla y Esquivias, o por Illescas, dejaba libre la fantasía para ir cabalgar a Don Quijote. Todo era Mancha. El surco manchego atravesaba las dos Castillas. El paisaje, desolación, llanura, “Estepa”, por decirlo todo en una sola palabra. Los santanderinos estaban obligados a oír, por boca de un gran poeta como Juan Maragall, que Castilla llora “porque no puede ver el mar”. Las dos Castillas, tan diversas y tan ricas en accidentes, aparecieron sistemáticamente igualadas con el llano de Criptana. Fue hacia 1900, o poco antes, cuando empezó esta labor crítica, servida por escritores y artistas inteligentes, que negaban entonces hasta las glorias más claras de Castilla y hoy rectifican su opinión al llegar a la madurez. Pero lo peor de esta gran ofensiva –que parecía ir sólo contra Madrid- fue el contagio entre los castellanos, tan descuidados, que ni siquiera se dieron cuenta del ataque. Ellos mismos ayudaron, aun desde Madrid, como buenos carpetovetones. Si Salamanca no hubiera conquistado a Unamuno, y los clásicos a Azorín, y el Museo del Prado a Zuloaga, y la Celestina, Don Juan y Don Quijote a Maeztu, no se habría producido aquí también, en pequeño, la Historia de España. Pero luchó el tiempo, el pasado... Algo también el futuro que, como comprenderéis, es común a todos. Castilla, la del 1900, no luchó. Les dejó hacer.

Hoy llega ya el momento de dar algunos pasos más. La lucha se traslada a otro campo. Desde Cataluña y desde Vizcaya, aunque ni siquiera lo sospechen los castellanos, hay quien se asoma con curiosidad para saber cómo tienen organizadas Toledo sus escuelas. ¡Alerta, Castilla! No se olvide tan legítima y noble emulación entre las ciudades de España. Algunos juzgarán esto un detalle nimio; pero yo declaro que, por recordar tantas cosas, no entro sin emoción en la primera escuela toledana: la de don Julio Escalante.

II. Casuismo y labor personal

La clase de Escalante. Cerca del refugio, antes de llegar a San José, encerrada entre callejas, está la escuela de Escalante. Cuando una escuela toma el nombre de su maestro, podéis entrar sin cuidado. Será mejor o peor, más nueva o más vieja; pero allí habrá labor personal. Al maestro se le alegrarán los ojos al veros asomar por la puerta; suspenderá de pronto, con un gesto de batuta, la tarea, y en ese silencio relativo, atravesado de chispazos, lleno todavía de vibraciones, empezará a explicaros su método. A vuestro alrededor, la colmena seguirá trabajando. Algunos chiquillos os clavarán esa mirada aguda y expectativa que, sin la sonrisa, sería semejante a la del perro cazador aguardando una orden. Sabrán todo cuanto les preguntéis. Os traerán todos los cuadernos que les pidáis. Lo más impresionante, lo que os encogerá más el corazón en otras terribles escuelas desparramadas por innumerables lugarejos españoles, es el aplastamiento, el estupor de los alumnos y el caos de voces y ruidos sordos, dominados de vez en cuando por una canturria rutinaria. Por eso digo que podéis entrar sin temor en esta primera escuela toledana. Aquí suena, en toda su virtud, la palabra. Aquí no reina el caos. ¿Con qué medios cuenta don Julio Escalante para cumplir tan bien como cumple su misión? El local es amplio, aunque destartado y con poca luz. No falta material, en gran parte obra de los propios alumnos. Las bancas son antiguas. El patio –hermoso patio toledano, que espera una parra, un enlucido y unas pinturas vivas en la madera- no se utiliza, ni acaso pueda utilizarse como lugar de recreo. Hay poco sol en la escuelita de don Julio. Asisten niños de todas las clases sociales. Ya hemos encontrado la verdadera piedra de toque. Casuismo: el maestro hace la escuela. Labor personal: esto es lo que atrae al pueblo de ricos y pobres.

La de don Eladio Molina. Está en San Juan de Dios la clase de don Eladio Molina, “el maestro artista”. Es nueva, pequeña, blanca como zaguán andaluz. Las ventanas,

proporcionadas, ni más chicas ni más grandes de lo preciso, dan al Toledo que se ve desde la casa del Greco. Difícil es imaginar un taller tan alegre. Y esta idea del taller es inevitable en la escuelita de San Juan de Dios, porque aquí el maestro concede preferencia al dibujo, al trabajo artístico, y aunque cuide otras enseñanzas, los chicos se dejan arrastrar por la inclinación más adecuada a sus aptitudes. Tampoco tiene campo de juegos esta escuela. Abierta a la luz y al aire, risueña como un jardín, sugiere este comentario absurdo: que hay jardines sin árboles y bajo techado. Don Eladio tiene en la escuela un pájaro que duerme en su jaula cerca de su mesa presidencial, pero que de día goza de libertad y se posa en los pupitres de los niños. Toledo nos guardaba algunas sorpresas. Esta escuela de don Eladio Molina, popular en Toledo, tiene al lado una hermana menor: la escuelita de párvulos de doña Antonia. Mesitas de pino, cuadradas, para cuatro niños; la misma luz, igual paisaje. Si en vez de ese tejadillo hubiera una azotea, doña Antonia no tendría nada que pedir. Y si todas las escuelitas de párvulos toledanas fueran como ésta, quizá faltasen algunos requisitos, pero las madres estarían satisfechas.

La Aneja a la Normal. Labor personal... El maestro hace la escuela... ¡Conformes!; pero no siempre es posible personalizar una obra: Si lo duda algún técnico, venga con nosotros a este grupo de cuatro grados, que debieran ser modelos, y donde el hombre de mejor voluntad se estrellaría sin conseguir nada. La Normal de Maestros de Toledo ocupa una antigua casa de la Mitra: la casa del canónigo obrero, en el buen estilo del siglo XVIII. Ella está bien; pero las escuelas anejas, muy mal. Han caído en los bajos del edificio. Un grado, el segundo, tiene sólo dos ventanas al patio. Sin ventilación. Está bajo el nivel de la cuesta de los Pascuales, y aguanta filtraciones de la plazuela del Seco, donde hay una fuente pública. No se ve a las dos de la tarde. Pues el cuarto grado es peor: un calabozo. Los niños no pueden jugar en el patio a las horas de recreo porque molestan. Podría habilitárseles un jardín –corralillo más bien-, pero este asunto no se resuelve nunca. Si. Ya oigo las objeciones: “El maestro bueno, como el alumno bueno, trabaja en cualquier parte”. Es verdad. Pero, créanme los objetantes: el calabozo desconcierta. Para enseñanza y ejemplo de los normalistas, para estímulo de los profesores y para la salud de los niños, esas escuelas no pueden seguir donde están.

Otra Graduada. Pero el Ayuntamiento de Toledo ha hecho algo. Acaba de instalar seis grados nuevos en Santa Isabel: tres de niños y tres de niñas. Es la casa de don Pedro el Cruel, según el pueblo; de don Pedro Ayala, si hemos de respetar la verdad histórica, como mandan don Francisco Sanromán y don Ángel Vegue. En la portada, del siglo XV,

luce el blasón de los Ayalas. Dentro, salas anchurosas, vigas soberbias de maderas ricas. Esto no se deshace en polvo. Material nuevo, sin estrenar; un jardinillo que sirve de respiradero. Los maestros de Santa Isabel se han dividido el trabajo por especialidades de conocimientos. El director, don Antonio Bravo, tiene fe, pero la tarea es ruda y son muchas las esperanzas condensadas en este grupo recién emplazado en el corazón de un barrio pobre.

Basta por hoy. Quedan otras escuelas, no muchas. Falta la escuela del Cambrón y una de párvulos en el Zocodover. Falta otra, de la Beneficencia. Esto será todo. No hay más escuelas de niños en Toledo, ciudad que pasa de veintiséis mil habitantes. Bien contados, los maestros son once, y tres de ellos empiezan a trabajar este año. El casuismo nos salva. La obra personal es admirable. Iremos a la Puerta del Cambrón y al Zocodover. Pero, ¡once maestros! ¿Qué va ha hacer once maestros?

III. La Puerta del Cambrón. Escuela y jaula.

Llegamos a la Puerta del Cambrón. Estas eran las Cambroneras toledanas; pero ¡cuánto más decorativas que las madrileñas! Colaboran en su prestigio hasta los reyes godos: *Erexit factore Deo*, etc. Todos los turistas saben que allí se habla del rey Wamba. En cambio, ignoran que en la misma puerta, no detrás ni al lado, sino sobre el arco, está la escuela del Cambrón. Los defensores de la torre son hoy sesenta niños de seis a catorce años. Y su alcaide, el maestro don Víctor Arellano. Esta noticia es imposible averiguarla desde el soberbio miradero que hay al pie de San Juan de los Reyes, donde los ojos se espacian al otro lado del puente de San Martín, hacia los Cigarrales, y, para descansar, vuelven por el Cristo de la Vega a recogerse en la Puerta del Cambrón. Si le comunicáramos al señor Arellano este nuevo destino que, gratuitamente, le concedemos, de seguro se echaría a reír. No tiene aspecto belicoso, ni trazas de estar preparada para lanzar calderos de pez hirviente desde lo alto de sus ventanas. Y, sin embargo, cuando llego a saludarle, contesta don Víctor a mis primeras preguntas:

-¡Vamos defendiéndonos!

¡Escuela extraña, única en el mundo quizá, y, por tanto, digna de Toledo! No sé hasta qué punto andará de acuerdo con las reglas de la Pedagogía; pero su atrevida singularidad la hace simpática, y antes de entrar en ella ya la habéis tomado cariño.

-Aquí estamos –dice el maestro- bastante bien, como usted ve. La clase es ancha. Nos arreglamos como podemos, y sólo algunas veces es un poco difícil entenderse.

-¿Son discolos, quizá, los chicos?

-No, señor. Son muy buenos... Hablo del ruido. El ruido es lo que nos deja entendernos. Antes pasaban por aquí coches y carros. Luego vinieron los automóviles. Todo eso estaba regular. ¡Lo terrible son los camiones! Usted no sabe el ruido que mete un autocamión pasando por debajo de una torre hueca. ¡Vibramos todos, señor mío! Saltamos como en un terremoto. Sin embargo, yo estoy contento. Ya me he acostumbrado. Hago como que no lo oigo; y los muchachos, ¡aquí los tiene usted!, como si estuvieran en un templo. Alguna vez tienen que alzar algo la voz; pero conozco escuelas peores.

Yo también. No cambiaría la escuela del Cambrón por la mayor parte de las escuelas de España. Es lugar de combate. Es lo que podríamos llamar la escuela dinámica. Mientras todo desmaya en Toledo, a esta hora del mediodía en que el sol de Septiembre castiga y aplan a los hombres y a las cigarras, los alumnos de don Víctor viven despiertos y en tensión. ¿Se podría dormir en un carro de asalto? Los chicos son capaces de todo; pero no lo creo fácil. De lo que estoy seguro es de que no es posible descabezar un sueño, uno de esos reparadores sueños escolares de medio minuto, sobre el arco de la Puerta del Cambrón. Las ventanas de la escuela dan a la ciudad; sin duda miran hacia el campo las de la vivienda; pero todo ello está como colgado de las cuatro torrecillas que decoran la puerta del rey Wamba. Si don Eladio Medina tiene un pájaro en su jaula, don Víctor Arellano tiene una jaula por escuela. ¿Por qué no? Es alegre, es capaz; es independiente. Y, sobre todo, conserva una grande y heroica tradición. El muchacho que salga de ella no podrá olvidar nunca que ha pasado su infancia en una torre hecha y rehecha por los siglos, y el maestro debe considerarla también como parte integrante de su material pedagógico.

Y también como parte integrante de sus afectos. La escuela está cuidada. La limpian sus dos hijas.

-algo haría falta aquí –dice tímidamente don Víctor- para que esto quedara bien. De Física, de Historia Natural... Y sobre todo...

-¿Qué?

-¡Una pizarra!

Todavía es problema una pizarra en la escuela de una gran ciudad española. Yo confío en que por lo menos este ideal lo conseguiremos entre don Víctor y yo. ¡Una pizarra! Aquí, como en la escuela del maestro artista, los niños demuestran aptitudes muy señaladas para el dibujo. De la Puerta del Cambrón han salido buenos artífices toledanos; y ahora mismo tenemos ante nosotros, sentado en una de esas bancas viejas, un chico de diez o doce años, que nos enseña su trabajo al lápiz. Es el dibujo de un repujador, y de un buen repujador toledano. La cara del muchacho, tallada en líneas enérgicas, un poco rudas, del primer Renacimiento, y la expresión honda e inteligente de unos ojos claros, no tienen nada de vulgar. ¡Quién sabe!

-Este es uno de los Maracos -dice el maestro-. Familia de buenos artífices. No crea usted que faltan en Toledo.

Familias de artífices y de artistas; ejemplos de la mejor ley a cualquier parte que vuelvan los ojos. Yo creo que, en efecto, todavía pueden defender a Toledo, si se les guía bien, los muchachos de la Puerta del Cambrón.

IV. En el Zocodover.

Un zoco será, por fuerza, lugar abierto al recién llegado, paseo de forasteros, descanso, campamento y hasta vivienda de albarranes. Zocodover, aun sin el mercado de los martes, es el remanso donde muere el camino de la estación. Por eso me resisto a creer que esté aquí el corazón de Toledo. Toledo tiene más recato y sabe esconderse mejor, entregando a las primeras familiaridades del visitante esta plaza, tan típica que triunfa de todas las reformas y sigue siendo toledana. Cada siglo quiere dejar huella. El XVI la adornó con su balconaje de hierro. El XIX la convirtió en glorieta, de sabor provinciano, poco imperial. El siglo XX acaba de darle un zarpazo. Vamos a ver –para ello estamos aquí- a qué siglo pertenece la escuela de párvulos del Zocodover. El interés de esta prueba, de este contraste a que voy sometiendo en una gran ciudad histórica la soberbia de los siglos, me hace penetrar en el caserón de la escuela lleno de confianza.

¿Un caserón?... algo más que eso: una gran casa de líneas amplias; por fuera, digna de emparejarse con la mejor, en la cuesta que va al Alcázar; por dentro, despejada y noble: zaguán y escalera de anchos tramos; techos altos, huecos proporcionados, con arreglo a la buena tradición. Pero todo ese punto de decadencia prematura tan propio de nuestros caserones oficiales. Puertas y ventanas, abiertas de par en par. En un primer salón, muy grande, muy destartado, los más pequeños.

Separado de éste por un tabique de enormes vidrieras sin cristales, otro salón todavía más grande. Bancas viejas, pintadas de negro, tristes, deslucidas. Entreveo las paredes desnudas, zócalos y suelos descuidados. Parece que los niños se han metido en un cuarto desalquilado el mismo día de la mudanza. Estudian y trabajan bulliciosamente. La profesora ha ido un momento a su habitación. Salgo yo también, y cuando vuelvo, cambió el cuadro. Silencio absoluto. La profesora está; son los niños los que han salido a las habitaciones de la maestra.

Del último rincón de la escuela llega un muchachito que se le cuelga de las faldas, y que me mira con angustia.

-Señora...

-¡Di ya, hombre!

-¡Un servidor se está haciendo pipí!

Quedamos solos. La escuela sin los chicos parece más descomunal; el menaje, más pobre, y el abandono, más visible. Estas grandes salas, con su ambiente, parecen flotar en un limbo que no es del XVII, ni mucho menos del siglo XX, ni siquiera del XIX, fuera de todos los tiempos y de todos los espacios imaginables. Aquí ha llegado a reunir esta maestra ciento noventa y cinco párvulos. Hay sitio para todos. Más hubieran podido oír si no fuera preciso limitar el número para poder atenderlos. ¿Qué auxilio, qué valimiento llega de fuera a la escuela del Zocodover? ¿Cómo podrá una maestra, por inteligente y abnegada que sea, sustituir ella solo lo que en todas partes corre a cargo de instituciones protectoras? ¿Qué importa aquí, tal como vemos este desamparado recinto, lo que pasa bajo sus balcones ni en qué influye el presente sobre los sesenta o setenta niños que vienen a pasar unas horas todos los días?

Pues aquí mismo, en la escuela de la plaza típica, podemos encontrar ejemplo útil para resolver el problema de la conservación del carácter clásico toledano. Imaginemos que el Concejo o el vecindario en ejercicio de una acción social entre en la pobre escuela del Zocodover y empieza por encomendar a un arquitecto competente la reforma del caserón. Las pareces maestras fueron construidas con solidez. Lo resistirán todo. Hay más de un patio. Un aljibe, destinado hoy al más humilde y melancólico servicio municipal. Dependencias interiores. Pisos altos. Esto es, sobra capacidad para un grupo escolar. ¿En qué habrán perdido su carácter la plaza ni la escuela porque llegue a cobrar vida nueva lo que hoy es una ruina? Sabemos que la historia no se repetirá exactamente, y asomándonos a las ventanas no es fácil que veamos autos de fe. No volverá a arder Juan Muza, el esclavo berberisco, mártir del diablo; ni amanecerá

otra vez el día que fue relajado el doctor Segismundo. Los muchachos no tendrán ocasión de admirar en las fiestas por el natalicio de otra infanta “a las mujeres de la mancebía en una danza con su tamboril, danzando y bailando muy ataviadas de oro y seda”. Esto queda en el libro de Sebastián de Orozco, de que yo tengo noticia por el del conde de Cedillo. Es lo que va cambiando y mudándose con las alternativas del tiempo, amigo de usos nuevos y acostumbrado a variar la salsa de los platos fuertes. Pero lo que nuestra cultura pueda guardar verde y joven, dentro de la cáscara vieja, se mantendrá íntegro; y la misma cáscara, hecha para vivir muchos años, seguirá dándonos su emoción estética. Toledo tendrá unas escuelas nuevas y habrá evitado la ruina de un edificio más.

Proyectos de adaptación y habilitación de edificios antiguos, verdaderos monumentos que, como es natural, exigen gastos, suelen tener poca fortuna. Sé de alguno, planeado con gran sentido práctico y artístico, rechazado por Ayuntamientos deseosos de construir de nueva planta. ¿Qué les importa la salvación de una antigualla? Pero esto no ocurre en Toledo, donde acaba de hacerse una buena prueba en Santa Isabel con la casa de don Pedro de Ayala, y donde todavía pueden ser salvadas muchas ruinas interpretando su conservación con el sentido libre y arbitrario, pero eficaz, que ha presidido, por ejemplo, en la Casa del Greco.

Bibliografía:

- BALLESTEROS GARCÍA, R. M^a (2003): “El krausismo y la educación femenina en España: Carmen de Burgos y Dolores Cebrián, maestras de la Normal de Toledo”, en *Docencia e Investigación. Revista de la Escuela Universitaria de Magisterio de Toledo*, año XXVII (enero-diciembre), 2^a época, n^o 13, Toledo, pp. 7-38.
- (2004): “Carmen de Burgos, una mujer fuera de “orden”: Una maestra llamada Colombine”, *La Tribuna de Toledo*, 4 de mayo, pp. 14-15.
- (2004): “Carmen de Burgos, una mujer fuera de “orden”: Un viaje pedagógico” (II), *La Tribuna de Toledo*, 18 de mayo, pp.14-15.
- (2004): “Carmen de Burgos, una mujer fuera de “orden”: La ciudad de los Cristos” (III), *La Tribuna de Toledo*, 1 de junio, pp.20-21.
- (2006): “España y Portugal: La larga sombra de las dictaduras (o cómo se elabora un modelo femenino de utilidad nacional)”, en *Mujeres y educación. Saberes, prácticas y discursos en la Historia*, pp. 233-246.
- ESCOLANO, A.(ed.): *Leer y escribir en España. doscientos años de alfabetización*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- GARCÍA HOZ, V. (1980): *La educación en la España del siglo XX*. Madrid, Rialp.
- GONZÁLEZ, E. (1988): *Sociedad y Educación en la España de Alfonso XIII*. Madrid, F.U.E.
- LEÓN, M^a Teresa (1999): *Memoria de la melancolía*. Barcelona, Galaxia-Gutemberg.

- MARTÍN ZÚÑIGA, F. (1992): *Origen, desarrollo y consecuencias del analfabetismo en el primer tercio del siglo XX*. Madrid.
- RÍOS, F. de (1956): *Ciencia y conciencia*. Universidad de La Habana.
- TUÑÓN DE LARA, M. (1982): *Medio siglo de cultura española, 1885-1936*. Madrid, Bruguera.
- VV.AA. (1987): *Sociedad Española de Historia de la Educación*, nº 6. (Monografía Infancia y educación en los siglos XIX y XX).
- VV.AA. (1989): *Clases populares, cultura, educación, siglos XIX y XX* (Coloquio hispano-francés). Edición e introducción de J. L. Guereña y A. Tiana, Madrid, 15-17 de junio. Madrid, Casa de Velázquez, Universidad Nacional de Educación a Distancia
- VV.AA. (s.a.): *Mujeres y educación. Saberes, prácticas y discursos en la Historia*. C. Flecha, M. Núñez y M^o J. Rebollo (dirs.), Sevilla, Exma. Diputación Provincial de Sevilla. Área de Políticas de Igualdad; Miño y Dávila, Buenos Aires (Argentina).

ⁱVid. BELLO TROMPETA, Luis (1926-1929): *Viaje a las Escuelas de España*. Madrid, Magisterio Español. Espasa-Calpe (4 vols). En 1994, con un estudio preliminar y edición de Encarnación Lemus López, se ha vuelto a editar: *Viaje a las Escuelas de España. Extremadura*. Mérida, Editora Regional de Extremadura. Los apuntes de estos viajes los fue publicando Bello en forma de artículos que publicó en diario madrileño *El Sol*. Posteriormente, los artículos se recopilaron en los cuatro volúmenes arriba citados. Abundando en esta cuestión cfr. ESTEBAN, José (1994): “Luis Bello”, en *Política*, nº 10 (abril-mayo).

ⁱⁱ Así rezaba uno de los primeros decretos del Gobierno provisional. La declaración de intenciones del gobierno republicano, respecto a la enseñanza, quedan reflejadas en el texto que sigue: “El servicio de la cultura es atribución esencial del Estado, y lo prestará mediante instituciones educativas enlazadas por el sistema de la escuela unificada. La enseñanza primaria será gratuita y obligatoria. Los maestros, profesores y catedráticos de la enseñanza oficial son funcionarios públicos. La libertad de cátedra queda reconocida y garantizada. La República legislará en el sentido de facilitar a los españoles económicamente necesitados el acceso a todos los grados de enseñanza, a fin de que no se halle condicionado más que por la aptitud y la vocación. La enseñanza será laica, hará del trabajo el eje de su actividad metodológica y se inspirará en ideales de solidaridad humana. Se reconoced a las Iglesias el derecho, sujeto a la inspección del Estado, de enseñar sus respectivas doctrinas en sus propios establecimientos...” (*Constitución 1931*. Título III- Capítulo II). Durante estos años se crearon 27.000 escuelas en todo el país.

ⁱⁱⁱ Incluyendo una breve estancia por tierras portuguesas.

^{iv} Cf. CABALLÉ, Anna, ed. (2006): *Una breve historia de la misoginia*. Barcelona, Lumen, pp. 281-283.

^v De su visita a la escuela del Cambrón, a cargo del maestro Arellano, escribe Bello: “La escuela está cuidada. La limpian sus dos hijas”.

^{vi} RUÍZ MARTÍNEZ, José Augusto Trinidad: “Azorín” (1873-1967). Novelista, ensayista y dramaturgo nacido en Monóvar. Encuadrado en la llamada “Generación del 98”, entre sus obras destacamos: *La Voluntad* (1902); *Antonio Azorín* (1903); *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904); *Don Juan* (1922); *Doña Inés* (1925); *Félix Vargas* (1928); *Superrealismo* (1929); *Pueblo* (1939); *El escritor* (1941); *María Fontán* (1943) y *La isla sin aurora* (1944). De su obra teatral: *Old Spain* (1926); *Brandy, mucho brandy* y *Comedia del Arte* (1927) y su trilogía: *La araña en el espejo*, *El segador* y *Doctor Death*, de 3 a 5, considerada como su mejor producción dramática. Entre sus ensayos, *Ruta de Don Quijote* (1905) y *Clásicos y modernos* (1913). La frase aludida, referida a Bello, la encontramos en el prólogo de *Azorín* a la obra de aquél *Viaje a las escuelas de España*.

^{vii} CANALEJAS Y MÉNDEZ, José (1854-1912). Abogado de profesión, se dedicó a la política dentro de las filas del Partido Democrático Progresista y, tras la Restauración borbónica, se incorporó al Partido Liberal de Sagasta. Fue diputado desde 1881; subsecretario de la Presidencia (1883); ministro de Fomento (1888); de Gracia y Justicia (1888-1890); de Hacienda (1894-1895) y de Agricultura, Industria y Comercio (1902). A los 43 años, como un soldado más, se alistó como voluntario en el ejército enviado a Cuba, siendo distinguido con la Cruz del Mérito Militar. Fue asesinado en 1912 por un anarquista en Madrid.

^{viii} Como puede apreciarse, todas las publicaciones citadas se circunscriben al ámbito liberal, incluido *El Sol*, donde publica los citados artículos sobre las escuelas españolas.

^{ix} AZAÑA DÍAZ, Manuel (1880-1940). Doctor en Derecho y Notario, se introduce en política en 1914 de la mano de Melquíades Álvarez, líder del Partido Reformista. Brillante escritor, dramaturgo, y articulista, funda en 1920 *La Pluma* y dirige el semanario *España* (1922), en el que colaboró Bello. En 1924 publicó un manifiesto contra el dictador y el rey. En 1925 fundó Acción Republicana y en 1930 participó, junto a otros dirigentes republicanos de distinto signo, en el llamado “Pacto de San Sebastián” contra la dictadura. En 1931, con la llegada de la Segunda República, fue ministro de la Guerra y Presidente del Gobierno con la coalición republicano-socialista. En 1934 funda el partido Izquierda Republicana y, en 1936, con el triunfo del Frente Popular, fue, de nuevo, presidente del Gobierno. En enero de 1939, a punto de concluir el conflicto, se exilia en Francia, donde murió poco después, en noviembre de 1940.

^x Primero funcionó como semanario y más tarde como diario.

^{xi} Vid. GARCÍA-ROMERAL, Carlos (2000): Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XVIII). Madrid, Ollero y Ramos.

^{xii} Vid. AZCOAGA, E.: “Las Misiones Pedagógicas”, en *Revista de Occidente* (1981), nº 7-8, pp. 222-232; ESCOLAR, H. (1987): *La cultura durante la guerra civil*. Madrid, Alambra; HUERTAS, E. (1988): *La política cultural de la Segunda República*, Madrid, Centro Nacional de Información y documentación del Patrimonio Histórico; MARTÍNEZ, A. (2003): *La política del libro durante la Segunda República*. Gijón, Trea; PAUCKER, E.K. (1981): “Cinco años de misiones”, en *Revista de Occidente*, nº 7-8, pp. 233-268; TUÑÓN, M. (1984): *Medio siglo de cultura española, 1885-1936*. Madrid, Tecnos.

^{xiii} BALLESTEROS GARCÍA, Rosa M^a (2003): “El krausismo y la educación femenina en España: Carmen de Burgos y Dolores Cebrián, maestras de la Normal de Toledo”, en *Docencia e Investigación. Revista de la Escuela Universitaria de Magisterio de Toledo*, año XXVII (enero-diciembre), 2^a época, nº 13, Toledo, pp. 7-38.

^{xiv} Nos referimos a la denominada Ley Moyano. Para poder comparar estas cifras con algunos países de mundo occidental, solo unos datos. Francia dedicaba el 8%; Inglaterra el 10%; Alemania el 12% y USA el 14%. En este orden de cosas, el índice de analfabetismo en nuestro país presentaba unas cotas altísimas. Para el primer tercio de siglo las cifras por década son las siguientes: 1910 (52.6); 1920 (46.4); 1930 (38.7) para varones y 1910 (65.8); 1920 (57.8); 1930 (58.2) para mujeres. Si comparamos los dos grupos veremos claramente como el índice de alfabetización es sensiblemente más alto en el grupo de los varones, haciéndose aún más evidente en la década de 1920 a 1930 donde el

analfabetismo femenino sufre un fuerte retroceso. Habría que hacer un estudio más pormenorizado sobre esta etapa que coincide con la dictadura de Primo de Rivera (1923-1931). Centrándonos en la provincia de Toledo, los datos suministrados por el *Anuario Estadístico* para 1918 da las siguiente cifras de analfabetismo: Hombres: 60.84 %; Mujeres: 73.75 %.